

CAPÍTULO XXXVII

El Cuzco; su grandeza y su decadencia. — La iglesia de Santo Domingo sobre las ruinas del templo del Sol. — Una observacion. — La ciudad de los Reyes. — Su grandeza real. — Recuerdos imperecederos. — Verdaderos monumentos. — Nuestro siglo padece errores á este respecto. — Santo Toribio y San Martin de Porres. — Los monumentos que existen de otro género están manchados. — Francisco Pizarro y la época de la conquista. — La época de la revolucion.

Los pueblos así como los individuos tienen sus épocas de prosperidad y de infortunio : se levantan y se abaten, crecen y se debilitan, segun la ventura ó desventura que preside sus destinos. Entrando en el Cuzco, la corte famosa del Inca, donde tantos reyes tributarios acudian á pagar su vasallaje y donde una multitud devota, venida de las provincias mas lejanas, se agolpaba para ofrecer sus sacrificios al astro que preside el dia, se ve retratada al vivo esa decadencia y puesta de relieve la dura alternativa á que está sometido todo cuanto vive por accion del hombre y participa de su naturaleza. Aquella vasta capital, hermoseaada por los conquistadores con suntuosos templos y palacios magníficos, hoy medio arruinada, sin

actividad ni movimiento, apénas da señales de la vida lánguida á que la redujeron las diversas vicisitudes que ha sufrido el Perú durante el último medio siglo. Mas entre tantos vestigios de grandeza pasada cuyos recuerdos entristecen, un monumento descuella en medio de la ciudad de los Incas que llena de consuelo y de esperanza á todas las almas generosas para quienes no es la actividad material de los pueblos la señal cierta de su grandeza, sino mas bien el desarrollo de la inteligencia y la expansion de las virtudes.

Sobre las ruinas del majestuoso templo del Sol, sobre el sitio mismo donde á porfía el soberano y sus vasallos acopiaron los mas preciosos tesoros del imperio, se eleva hoy una suntuosa iglesia consagrada al culto cristiano por los misioneros de la órden de Santo Domingo que esparcieron en el Perú las primeras semillas del Evangelio. Aun se ven los muros de aquel templo, y el recinto que ocupa el convento de dominicanos es el mismo donde estaban recluidas las vestales ó hijas del Sol. De este modo el cristianismo que en el Viejo Mundo ostenta la pompa majestuosa de su culto sobre las ruinas de los templos mas célebres que dedicó el gentilismo, tremola tambien su estandarte glorioso sobre los lugares que hizo célebres en América la supersticion del paganismo. El templo del Sol, el monasterio de las vestales y los demas lugares que los peruanos respetaban como sagrados, fueron la cuna del cristianismo en aquella parte del Nuevo Mundo. Porque en los decretos de la Providencia está escrito que la cruz reinará sobre el trono donde imperó el infierno, y la luz y la verdad han de brillar allí

donde las tinieblas y el error tiranizaron á los hombres con mayor violencia.

Las ruinas del templo del Sol que hoy todavía se distinguen, son apenas una muestra de la magnificencia de tan suntuoso edificio. « Tenia de circúito, dice un antiguo escritor, mas de cuatrocientos pasos, estaba cercado de una muralla fuerte, labrado todo él de cantera excelente de piedras finísimas, y entre estas algunas muy grandes y soberbias (1). » Estas piedras enormes en las que reconocemos cierta semejanza con las que se ven en Balbek, en el templo de Baal, excitan naturalmente las mismas dudas que aquellas otras, sobre los medios que pudieron emplear para elevarlas unos hombres que no conocían sino muy imperfectamente la mecánica. Se ha creído que tanto los fenicios como los peruanos conocieron el secreto de petrificar, y que á esta circunstancia se deben las enormes piedras que aparecen en sus construcciones del Cuzco y de Balbek. Esto para mí es inverosímil desde que he visto en uno de los cerros que forman el Antilibano, no á mucha distancia de Balbek, una de las canteras de donde se extrajeron aquellas enormes piedras, y cortada en su boca una de estas mayor que cuantas existen colocadas en el templo de Baal. ¿Pudieron trasportarlas y elevarlas los peruanos en América empleando los mismos medios que aquellos en Asia? ¿Pudieron conocer esos medios en un mismo origen? ¿Pudieron haber tenido estos pueblos en aquella época remota alguna relacion? Todo pudo suceder y si alguna

(1) Sarmiento, *Crónica del Perú*, cap. xxiv.

luz llegásemos á adquirir sobre esto, tantas tinieblas como hoy nos ocultan las relaciones primitivas que existieron entre el viejo y el nuevo continente desaparecerían con gran ventaja de la ilustracion del linaje humano.

No son de la naturaleza de las del Cuzco las grandes construcciones que se elevan en el vasto recinto de la antigua « ciudad de los Reyes, » la noble Lima. Esos templos, cuyo esplendor los coloca entre los mas bellos y suntuosos del continente americano, no pertenecen por su origen ni por su objeto sino al genio cristiano que los hizo nacer en una tierra inculta y en medio de pueblos salvajes, del mismo modo que las bellas flores de primavera abren sus corolas al lado de las nieves amontonadas por los rigores del invierno. Tales nos parecen esa espléndida catedral, monumento precioso que erigieron la piedad y munificencia de los obispos, el suntuoso monasterio de San Francisco, en cuya fábrica invirtió tesoros sin medida la católica España, el templo de San Pedro, decorado con pinturas primorosas ejecutadas por artistas peruanos y las que los infatigables jesuítas exhibirán en todo tiempo como prueba de su interes por los adelantos materiales de los americanos, la torre de Santo Domingo, imitacion atrevida de la antigua Giralda, y tantos otros magníficos edificios religiosos de que abunda la capital del Perú.

Mas otra clase de recuerdos excitaban estos monumentos en mi alma, cuando los visitaba por primera vez. En el recinto de la catedral me parecia presenciar los primeros concilios nacionales que pusieron los fundamentos de las iglesias de América. Mi imaginacion veía las sombras

venerables de Jerónimo de Loaisa, Toribio de Mogrovejo, Francisco de Victoria, Alfonso de la Guerra y Antonio de San Miguel, y mi alma percibía esas palabras llenas de unción y celestial fuego con que en las sesiones discutían los intereses sacrosantos de la religión. Cualquiera que haya leído las actas de aquellas augustas asambleas, las primeras que la fe reunió en el continente sudamericano, habrá admirado el celo infinito, las luces abundantísimas y la caridad á toda prueba ardiente que manifestaron en sus deliberaciones. Cuanto hay de grande en los intereses de la fe, cuanto contribuye á conservar pura la moral de los pueblos y todo lo que la religión enseña para desterrar de estos mismos la ignorancia, la superstición y la impiedad, lo encontramos allí consignado con claridad y maestría inimitable. Los derechos del hombre que vive en sociedad, la humanidad que el Evangelio manda á los que la fortuna colocó al frente de los otros, la generosidad con los pobres, con los desvalidos y con todos cuantos viven perseguidos por la adversidad, están recomendados de una manera tan clara y luminosa que hará perpetuamente honor á la piedad y á la ciencia de los hombres que suscribieron tan preciosos documentos. Mas en dos puntos muy principalmente descuella el celo de aquellos primeros padres del cristianismo en el Nuevo Mundo, á saber : trazando á los sacerdotes un plan perfectamente bien combinado para la propagación de la fe y abogando con energía admirable por la libertad de los indígenas. Los que alguna vez levantaron su voz para formular acusaciones contra la Iglesia, como si hubiese conspirado contra la libertad de los hombres, en

las actas de aquellos sinodos encontrarán consignados sentimientos tan bellos y tan generosos como estos : « No hay diferencia entre los hombres criados por el mismo Dios, de la misma materia y con el mismo fin noble, grandioso y eterno... Amaos mutuamente, porque á todos ama Dios hasta el extremo de sacrificar por todos á su hijo unigénito... ¿Y quién habrá tan osado que intente llamar esclavos á los que Jesucristo hizo libres rescatándolos con su sangre?... Esfuércense los párrocos y los sacerdotes por hacer comprender á todos que la conquista no da derecho alguno á los cristianos para despojar de su libertad á los indígenas, y que comete un gravísimo pecado contra la justicia y contra el derecho natural el que trata como si fuesen siervos á los indios que no son sino vasallos del mismo rey á quien obedecen los conquistadores. Tengamos entrañas de caridad para todos, sean fieles ó infieles ; procuremos su conversión á Dios y su ilustración por medio de la fe católica con todas nuestras fuerzas (1). » Los defensores mas decantados de la libertad no hablaron jamás de un modo tan explícito cuando sus palabras herían directamente los intereses de otros.

Mil recuerdos imperecederos legó también á Lima ese espíritu que ponía en boca de los Padres sentencias tan hermosas como aquellas. Quien indague el origen de los numerosos establecimientos de beneficencia que existen en aquella capital desde una época remota, lo encontrará en la caridad de los obispos que empleaban sus rentas en

(1) Acta Concil. Limens., II.

socorrer las necesidades de los fieles é inspiraban en todos ese espíritu de fraternidad que excita y realiza obras grandes en todas partes. Los seminarios, las universidades, los hospitales y los asilos de caridad no fueron debidos en Lima á la accion del gobierno, ni á las suscripciones de los comerciantes y banqueros; nacieron del báculo pastoral y se alimentaron del jugo fecundo que este mismo hace brotar en todos los pueblos cristianos. Estas empresas que se realizaron hace tantos años y cuyos efectos aun subsisten, son los mas gloriosos monumentos que pueden erigir sobre la tierra los hombres. Nuestro siglo es frívolo, y complaciéndose ordinariamente de lo fútil, no puede penetrar los secretos de caridad, de beneficencia y de amor que encierra cada una de esas empresas. Mas el hombre de corazon, aquel para quien la suerte de sus semejantes ni es, ni puede ser indiferente, comprende todo eso en toda su extension, y sabe apreciarlo en su verdadero valor. El desprendimiento, la abnegacion, la constancia y las privaciones que necesita arrostrar quien las emprende, valen mas que toda la vana é insulsa palabrería que los filántropos de nuestro siglo ofrecen para su alivio al dolor y á la indigencia. Aquellos hombres no celebraban reuniones ni *meetings* para reglamentar sus empresas, ni ofrecian al público voluminosas memorias en las que su trabajo apareciese recomendado por sus propias palabras: en su caridad infinita encontraban los recursos necesarios para acabar sus obras gigantescas, y en el deseo ardiente de hacerse « todo para todos » que les animaba, descubrian el medio de llenar hasta el colmo el vasto programa que les trazara

su amor y su caridad en beneficio del género humano.

¿Cuál no quedó asombrado contemplando los gigantescos trabajos de Toribio de Mogrovejo, segundo arzobispo de Lima? Parece imposible encontrar reunidos en un hombre tanto celo para emprender, tanta constancia para realizar, tanta intrepidez para remover obstáculos, tanta paciencia para soportar fatigas, tanta magnanimidad para arrostrar peligros y tanta abnegacion para continuar en una carrera penosa una serie tan dilatada de años. Las vastas provincias del Perú, en aquel tiempo sin vias de comunicacion, sembradas de peligros de todo género y sin ninguna clase de elementos para visitarlas, fueron recorridas enteramente por aquel varon extraordinario en un dilatado espacio de años, llegando á trescientos mil los indígenas que recibieron de su mano el sacramento de la confirmacion. Las escuelas que instituyó, los seminarios que formó, los hospitales que socorrió y las necesidades de todo género que alivió durante sus prolongados viajes, eseritos están con caracteres de oro en el libro eterno donde el dedo de Dios guarda las obras de sus escogidos. ¿Y quién habrá en el Perú que no haya oido repetir alguno de esos mil sucesos que forman la dilatada crónica de la caridad inimitable del bienaventurado Martin de Porres? ¿Sobre cuál ramo de beneficencia no extendió su mano este hombre extraordinario? Turbas de muchachos corrian en su seguimiento, porque él los recogia en asilos donde eran educados y les abria las puertas de los talleres, para que por el trabajo se hiciesen útiles á la sociedad. Mil niñas inocentes le llamaban su padre, su ángel tutelar, su salvador, porque conmovido de sus penas, él las alejó

de los peligros que corrian y les dió medios para ganar una subsistencia honrosa y sin los azares á que las exponian su sexo y su tierna juventud. Ese hombre extraordinario abrió al público caminos para facilitar la comunicacion de Lima con Huanuco y otras ciudades del vireinato del Perú; construyó puentes sobre rios que no podian vadearse sin peligro de los viajeros; plantó en los caminos públicos árboles que socorriesen con su sombra á los transeuntes fatigados por un sol abrasador, y, en fin, puso en movimiento cuantos medios conocen la caridad mas ardiente y el celo mas vivo por el bienestar de sus semejantes. Jamas se comprende mejor cuánto puede hacer en beneficio de los demas el hombre inspirado por Dios, como leyendo lo que ejecutó el oscuro hermano Martin. Asombra cómo pudo este pobre, desconocido y sin relaciones, emprender y concluir un número tan considerable de casas de caridad y subvenir con mano generosa á tantas necesidades que con urgencia sentia el Perú en aquella época. Jamas se puede conocer tan bien la influencia que ejerce la virtud en el corazon de todos, como cuando vemos á aquel humilde donado del convento del Rosario, invirtiendo sumas cuantiosas en todas esas obras para beneficio de todos. En los momentos en que este genio benéfico dejaba la tierra para unir su amor con Aquel que es fuente de la caridad, los habitantes de Lima conmovidos corrian á rodear el lecho del santo moribundo y regaban con sus lágrimas aquellas manos que tantas y tan bellas obras legaron á la humanidad. Y cuando su espíritu abandonó un cuerpo extenuado por las fatigas

que le imponia su celo y por las austeridades que le prescribia su instituto, los nobles y los plebeyos, los ricos y los pobres se disputaban el honor de cargar con sus despojos mortales y se dividian á porfia los jirones que arrancaban á sus pobrísimos vestidos. ¡Este verdadero héroe era no obstante un mestizo! ¡Y su vida nada tenia de comun con lo que el mundo suele llamar grande!... Empero, la verdadera grandeza no puede cimentarse sino sobre la base indestructible de la caridad, y esta era el alma del bienaventurado Martin. Ningun otro nombre he encontrado tan popular en el Perú, en el Ecuador y en la Nueva Granada como el suyo, y su culto, rápidamente propagado por toda la América, es una leccion elocuente para todos los que en la condicion mas humilde que conoce la sociedad aspiran á labrarse un nombre grande y una corona inmortal.

Tantas obras debidas á la abnegacion imponderable de hombres del temple de aquellos héroes, son las únicas que en América pueden exhibirse puras y ajenas de manchas que empañen su brillo. Todas las otras que legaron sucesivamente la conquista y la revolucion están tiznadas con sangre, y mil gritos dolorosos se exhalaban cuando los pretendidos héroes abrian sus fundamentos. Porque en efecto, á pesar de la pompa de que ha rodeado la vanidad humana á los conquistadores de América, Cortés, Pizarro, Valdivia, Balboa y los demas, al lado de tantos hechos brillantes, de tanta constancia y de tanto valor, nos dejaron recuerdos bien tristes que lamentaremos nosotros y que arrojarán perpetuamente feos borrones sobre su historia.

La conquista del Perú abunda en sucesos de esta naturaleza. La traicion, la avaricia, la crueldad misma, mas de una vez dirigieron los actos de los generales á quienes el rey de España tenia encomendado el descubrimiento de aquel hermoso imperio. La memoria de Pizarro irá perpetuamente acompañada del injusto suplicio de Atahualpa, y cuantos monumentos pudiera alzar la posteridad á su nombre tendrán por base la sangre inocente de las victimas de Cajamalca.

La época de la revolucion abunda tambien en sucesos repugnantes. No bien ha resonado el grito entusiasta de libertad, cuando del seno de los heróicos regimientos que combatieron denodados por la patria, asoma su cabeza la discordia. La guerra civil vuelve unos contra otros los batallones que combatieron unidos y la república trasformada en vasto campo de batalla ve correr á torrentes la sangre de sus hijos. Sin embargo, los mas afortunados en las contiendas se llaman héroes y para eternizar su memoria se levantan estatuas. ¡El duro suelo sobre que descansan estas fué regado con las lágrimas de sus victimas! Ninguna hicieron derramar los héroes cristianos; sus laureles no fueron empapados con sangre ni cortados con espada en los campos de batalla.



CAPÍTULO XXXVIII

Ordenes religiosas; su propagacion por América y motivos que existieron para ello. — ¿Qué han hecho en el Perú en favor de la humanidad y de la civilizacion? — Primeros hospitales. — Universidades. — Primeros colegios. — Primeras misiones. — Domingo de Santo Tomás y Reginaldo Lizarraga, misioneros y escritores. — Servicios de otra especie hechos á la moral y á la civilizacion. — Cuanto hay de grande en América hecho por los hombres es debido al catolicismo.

La conquista espiritual de la América exigia una falange poderosa que, esparcida por las selvas espesas y por las elevadas cordilleras, afrontase en todas partes los peligros sin cuento y superase las dificultades infinitas que ofrecia la reduccion de los infieles. Los reyes de España que con celo ejemplar se proponian convertir en adoradores del verdadero Dios á los infinitos salvajes que poblaban los vastos territorios del nuevo continente, divisaron en las órdenes religiosas el poderoso elemento destinado á realizar aquella empresa gigantesca. Los dominicos, los franciscanos y los jesuitas, alejándose entonces de las costas de la península, se derramaron por las desconocidas regiones de América: Méjico y las